

V CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

El mar en la terraza

Mi amigo Carlos tiene dos novias. Sí, dos novias. Él dice que ellas lo saben, pero yo no estoy seguro. Aunque tal vez sea verdad, lo de que lo sepan, quiero decir, porque Carlos es muy especial, y hace cosas que no hace nadie.

Carlos no cree en el futuro. Cree que no existe. Solo hay pasado, si lo recuerdas, dice, y presente, si lo vives. Por eso se resiste a hacer planes. Si le preguntas por mañana siempre dice no sé, puede ser, seguramente, no creo. Sin hacer planes, sin organizarse, no comprendo cómo puede tener dos novias, no lo entiendo.

Compartimos una amistad de hace años y tiene razón cuando dice que no podemos saber si seguiremos siendo amigos mañana o el lunes, no vale la pena perder ni un segundo pensándolo, añade. Hago todo lo posible para seguir siéndolo, concluye, con eso basta.

No solo compartimos la amistad, infinita porque ha llegado hasta hoy, también compartimos un piso. El séptimo y último de un edificio construido allí donde la ciudad se encuentra con la playa porque, en esta ciudad, hay playa. La casa tiene muchas ventanas y una pequeña terraza. A veces parece que el mar también vive con nosotros porque se cuele dentro sin permiso y llega a cualquier rincón.

Carlos dice que en realidad somos tres, porque su ruido y su aroma siempre están dentro, como los nuestros. Estamos hechos de ruidos y aromas, insiste. Todo porque él hace mucho ruido, mueve las sillas con descuido, abre el armario para dejar la trenca y lo cierra como si le fuera en ello la vida, toquitea los cacharros en la cocina, y tararea alguna canción de Serrat o de Brassens. Aunque no sabe francés, parece que sepa.

A veces, cuando cae el sol, ponemos bajito un disco de Serrat o de Brassens, esta vez de verdad, y hablamos de sus novias. Estar en la terraza es como ponernos a mitad de camino entre la casa y el mar, en un terreno neutral, de nadie. El mar se oye más fuerte que cualquier ruido nuestro, y parece que opina sobre las novias de Carlos. Su perfume salado nos rodea sin que haya de por medio obstáculos ni paredes.

Conocí a A, dice Carlos, en un juego. Estábamos en la playa, nos vendaron los ojos mientras permanecíamos sentados en unas sillas formando círculo. Apenas recuerdo las reglas. De pronto alguien la puso en mis rodillas, también tenía los ojos tapados. Se cogió a mi cuello con delicadeza y me dijo al oído, sé que eres el más guapo, aunque no sé quién eres. Me pareció que olía a mar. Los demás seguían preguntando unos a otros para adivinar quién tenía a la chica en brazos y qué chica era, y cuando me tocaba el turno, yo mentía sin escrúpulos para seguir abrazando aquel cuerpo tibio. Yo sí sé quién eres, en realidad eres el mar, y me atreví a besar su mejilla de sal. Se reía en silencio para que no nos descubrieran. Hasta que toqué sus labios con los míos. Fue

un beso de caricias, como fantaseando un camino invisible. Creo que los demás se fueron, o tal vez estaban aún preguntando; nos quedamos abrazados hasta que el mar refrescó el ambiente erizando nuestra piel.

Quizá era el momento de quitarse la venda, pero para qué. No necesitábamos reconocernos. Habíamos palpado nuestros cuerpos, olido nuestros aromas, escuchado nuestros ruidos que iban y venían, ya sabes. Incluso conocíamos el sabor impregnado de una sal compartida. Para qué más.

Entonces me levanté, la dejé en la silla con suavidad, me puse detrás y, sin mirarla, me levanté la venda para garabatear un mensaje. Volví a taparme los ojos y se lo apreté en la mano. Dame cinco minutos, le dije, y podrás volver a este mundo. Anduve unos pasos a tientas y luego corrí a rodearme de gente anónima que caminaba por el paseo o estaba sentada en las terrazas de los bares. ¿Comprendes?, es la vez que más cerca he estado de enamorarme del mar. Eso me contó Carlos, pero no me dijo su nombre.

No sé qué hubiera pasado si nos hubieran separado del mar a Carlos y a mí. Cuando nos íbamos de viaje era cuando, por un momento, él volvía a creer en el futuro, aunque lo negara, porque sabía que volveríamos y nos sentaríamos otra vez en la terraza. Eso es hacer planes, insistía yo. Te equivocas, eso es tener fe, tener convicción, no tiene nada que ver con el futuro, me contestaba.

Por eso cuando nos detuvieron lo pasamos tan mal, porque perdimos la fe en regresar.

El poder, que siempre está lejos de los sueños, y de los deseos, y de las fantasías, había planificado, otra vez futuro, la construcción de una autopista por nuestra playa para llegar más deprisa a no sé dónde. No, eso no es futuro, decía Carlos, los malditos planos son el presente, y será presente la autopista del demonio si no hacemos algo, pero algo deprisa, ahora y aquí.

Parecía un mal sueño, una historia absurda. ¿Cómo se puede canjear una playa por una autopista? Por un lado, las dunas construidas con el esfuerzo de millones de granos de arena, fabricadas por un mar que siempre va y siempre viene; en el otro platillo de la balanza, una autopista que es nada, un pavimento pintado con rayas blancas y un presupuesto ridículo. Pero el poder tiene eso, sobrevive basándose en la burda realidad, nada de utopías, ni un milímetro de fantasía. Aquella era una historia llena de tópicos, autopista o playa, como si fuera el mayo francés cuando debajo de los adoquines estaba la playa. Aquí se quedará debajo del asfalto, pensábamos, para siempre.

Nuestra reacción fue violenta. Manifestaciones, abucheos a las autoridades, barricadas cruzando coches, basuras esparcidas, quema de contenedores y de neumáticos viejos, pancartas en los balcones, reparto de boletines, todo nos parecía nada comparado con el gris del asfalto dibujado sobre la arena amarilla, quieta, inocente, construida por siglos de historia.

No éramos demasiado cautos, es verdad, y olvidábamos las mínimas prudencias creyendo que con la razón teníamos suficiente. No es la primera vez, pensábamos, que nos enfrentamos al poder, todos juntos, por las

condiciones de las calles y las plazas, de los colegios y los jardines. Pero no podíamos imaginar los planes aviesos de un invasor, como solíamos llamarle, harto de nuestras rebeldías en aquel barrio marginal. Tal vez el sabotaje de las máquinas que aparecieron en la playa, o tal vez que habláramos con otras organizaciones clandestinas para ampliar el conflicto, todo ello colmó el vaso de una paciencia limitada. Éramos una mota de polvo, pero intolerable.

Y un día Carlos no vino a comer. Aquella semana me tocaba a mí la cocina y a él la limpieza de la casa. Me quedé con su plato lleno pero la silla vacía. A veces ocurría porque tratábamos de no tener que dar explicaciones a cada paso. Quizás estaba con A, volviendo a compartir la piel erizada. No supe nada en toda la tarde. Al anochecer salí a la terraza para hablar con el mar. Ahora somos solo dos, cuéntame cosas de él, o de sus novias, o de lo que quieras. Pero solo había silencio, con el murmullo conocido al fondo.

Tal vez ha decidido, sin llegar a planificarlo, construir otra vida, en otro piso, con otro mar. Tal vez se ha quedado con ellas para siempre, y su imagen siempre oculta por la venda para que miren las manos.

Sonó el timbre de la puerta. Como un despertador de madrugada. Sabía que no era Carlos y que sería mejor no abrir. Ordené un poco las cosas del salón, como si fueran a quedarse así mucho tiempo. Volvió a sonar, ahora como una alarma. Me asomé un segundo al balcón, no abras, me decía el mar; allí abajo pude ver el reflejo de las luces del coche aparcado frente al portal. Una mirada fugaz al horizonte, cerré el balcón y abrí la puerta.

Ni siquiera me hablaron. Me esposaron y me empujaron al ascensor mientras escarbaban sin pudor en nuestros secretos, esos que nunca entenderían. Aquella noche dormí en una celda oscura, con un ojo inflamado y el labio sangrando. Había un silencio hiriente, sin rastro del mar, y la luz dibujaba en el techo las rejas paralelas cada vez que el guardia se acercaba con la linterna.

Sé que fueron varios días. Sé que Carlos estaba en cualquier otra celda. Ni siquiera me dijeron aquello de él ya ha confesado todo, es inútil que te resistas. Por el día interrogatorios sin las respuestas adecuadas, por la noche angustia y dolores que cambian de sitio.

Conocí a B una mañana, casi mediodía. Recuerdo que hacía calor, mucho, de ese que solo puede combatirse desde nuestra terraza, así empezó aquella noche Carlos la historia de B. Abrí el buzón, continuó, y había una carta con mi nombre escrito a mano con una letra especial. Si te digo que solo la letra ya enamoraba, ¿me creerías? No, contesté, si me dijeras eso, no te creería. Peor para ti por incrédulo. Creer es futuro, le decía yo. Es al revés, siempre te confundes; creer es presente.

En la carta me decía, te he visto, he preguntado y me han hablado de ti. Que si la playa, que si la autopista, ya sabes. Pero aquella letra tenía música. Había leído algún escrito mío para el boletín, y le encantó mi amor especial por el mar. Luego se despedía. Ya está, eso era todo Pero dentro había una foto. Era una chica preciosa, no te la puedes imaginar, imposible. Ni siquiera sabría explicártela. Me senté en el escalón y volví a leerla, pero esta vez mirando la

foto al mismo tiempo. Y tuve la impresión de que aquella chica estaba enamorada de mí, no me digas por qué.

Al subir me fui directamente a buscar una cuartilla para escribir sin pararme a pensar. Nada de querida señorita o he recibido tu atenta carta, nada de eso. Empecé diciendo algo así como mirando tu mirada he descubierto un mar nuevo que ya no podré olvidar, una mirada, solo una, y se queda para siempre. Seguí un rato y paré de golpe, sin despedidas, como si fuera a continuar al instante. La metí en un sobre y bajé corriendo al buzón más cercano para que viajara hasta sus ojos. Tú me llamabas desde la cocina; ahora vuelvo, te dije.

Desde entonces me han llegado muchas cartas, muchas, y en cada una siempre una foto distinta, en la playa, en la facultad, sola, haciendo un guiño, una vez me envió una durmiendo, como si quisiera compartir el sueño conmigo, otra medio desnuda, distraída, como si no supiera que la estaba mirando. Todas las cartas las guardo ordenadas en aquella caja de cartón con tapa de colores imitando una composición de Mondrian, con colores primarios, como B, como mis arrebatos. También es mi novia. Pero tampoco me dijo su nombre.

Todo eso lo recordé en un momento, cuando vi entrar a un policía en la sala de interrogatorios llevando la caja con los colores de Mondrian en la mano. No pude evitarlo, me levanté de un salto y le dije algo así como ¿de dónde ha sacado eso?, ¡no puede leerlo! Acabé en la enfermería con dolores nuevos. ¿Cómo se ha hecho eso?, me preguntó el enfermero. Se ha caído por la escalera, contestó el policía de uniforme que me acompañaba sin ni siquiera intentar que pareciera verdad.

De regreso, en la celda recordé que también yo tenía novia. Clara. Y se formó una sonrisa dolorida en mi cara, creo. Ya hace tiempo de eso. Y del mechón rebelde que le bailaba por delante de la frente sin que a ella pareciera importarle. De vez en cuando lo apartaba sujetándolo detrás de la oreja derecha dejando la cara entera descubierta; sin estorbos era un espectáculo.

Al momento volvía la rebeldía y el mechón oscilaba de nuevo partiendo la cara en dos hemisferios desiguales mientras su mirada, ajena a ese traqueteo del pelo, se concentraba en mis ojos, desarmándose. Me hipnotizaba, lo reconozco, me hacía perder el sentido. Clara. En las celdas se recuerda todo. La besé junto a la posta sanitaria que hay en la playa, una noche de mayo que aun refrescaba; solos, a oscuras, con el mar a lo lejos, busqué su boca o ella la mía, no sé como, pero se encontraron, y fue un milagro. El mechón vigilaba.

Volvimos muchas noches allí, a besarnos sin más espectadores que el mar, ese mismo que entraba por mis ventanas cada día. También volvimos el día de la despedida. Tenemos que hablar, dijo, y siempre resulta una frase fatídica. Piensas más en la autopista que en cualquier otra cosa, un día te darán un disgusto, y no sabré qué hacer. Ya no encuentras tiempo para nuestras locuras. Si ya no me miras igual quiero irme. Todo era verdad. Y la dejé ir. Clara.

Luego coleccionaba fotos de mujeres desnudas y reservaba un puesto de

privilegio para aquellas que se le parecían. Eres un voyeur, me decía Carlos. Más voyeur es el mar, que no para de mirarnos. Pero él nos acaricia si nos acercamos, si nos bañamos. De noche, sin ropa, nos metíamos despacio, caminando, disfrutando del escalofrío, sintiendo cómo subía por nuestras piernas, como si nos devorara, como si nos amara.

A los pocos días regresé del encierro a casa con dolores que no dejan marca en la piel. Estaba todo revuelto. Me costó tiempo devolver cada cosa a su sitio. Algunas parecían extrañas y había olvidado donde estaban antes. Incluso había un cristal roto por donde el mar de siempre se apropiaba de nuestra casa.

Esperé a Carlos cada noche, pero no volvió. Indagué, averigüé, pero no supe nada más. Al principio decían que estaba incomunicado, luego anunciaron un juicio inmediato. Un día, aseguraron que lo habían dejado libre, sin cargos, pero no volvió. Nunca.

No tardé mucho en dejar la casa, se la regalé al mar y me mudé a un piso pequeño en un barrio del centro donde nadie me conocía. Quise averiguar si A y B existían; a una nunca la vio, a otra nunca la tocó. Pero eran sus novias perennes. La mía seguirá allí, detrás del mechón de pelo, cada vez sujeto y cada vez rebelde. Las novias siempre son un recuerdo.

Con el paso del tiempo, he vuelto muchas veces a este mar. No construyeron la autopista, me gusta pensar que fue por nuestro esfuerzo, tal vez no. Regreso para mirarlo y que me mire. Allí, entre sus olas, he vuelto a ver a Carlos, sonriendo, con sus dos novias imaginadas. He vuelto a ver el mechón de pelo de Clara y mi colección de fotos, todas sonriendo, todas felices, desparramadas por la espuma. He escuchado otra vez nuestras conversaciones infinitas, incluso me ha parecido ver el reflejo de las luces de aquel coche que aparcó frente al portal y cambió nuestras vidas.

Y he mirado hacia la casa. En el balcón me ha parecido descubrir la imagen desenfocada de dos jóvenes, que no somos nosotros, llenos de fuerza y de ilusión, de planes para un futuro que no existe, de caminos hacia las utopías. Dos jóvenes con la mirada perdida en ese mar que permanece, escucha, susurra y, desde una orilla compartida con la tierra, mira cómo sigue la vida.